

la idea central de su filosofía de la ciencia: "La Naturaleza no nos suministra por separado los hechos y las leyes: al enunciar leyes estamos describiendo de una cierta manera los hechos observados y estamos prediciendo hechos no observados hasta el momento; la forma de los enunciados de hipótesis científicas y su empleo para expresar proposiciones generales son recursos de que echa mano el hombre, y lo que se debe a la Naturaleza son los hechos observables que refutarán o no la hipótesis científica del caso". (Págs. 398 sq.). "El hombre propone un sistema de hipótesis y la Naturaleza dispone su verdad o su falsedad: el hombre inventa un sistema científico, y descubre luego si concuerda o no con los hechos observados". (Pág. 399). Esta concepción, agrega Braithwaite, asegura al hombre de ciencia toda la libertad que necesita para la construcción de sus teorías; los hechos —de los que puede desapegarse cuanto quiera— entran en juego únicamente a la hora de la confrontación final. Esta separación de la teoría y los hechos suscita, sin embargo, un problema. No podemos creer ya en el mito del dato puro, determinable con independencia de las iniciativas del pensamiento conceptual. Los hechos de que habla Braithwaite, captables y reconocibles al margen de toda teoría científica, han tenido que constituirse en el contexto interpretativo de la experiencia ordinaria, del llamado sentido común. Braithwaite parece aceptar esto implícitamente cuando en el capítulo introductorio adopta un concepto amplio de experiencia, que abarca "todos los hechos que en el lenguaje ordinario llamaríamos hechos de observación" (pág. 19). Ahora bien, no es históricamente exacto ni metodológicamente recomendable que las teorías científicas sean evaluadas positiva o negativamente según concuerden o no con los hechos tal como los interpreta el sentido común. Desde luego, esta interpretación ordinaria de los hechos no es lo bastante fija, ni coherente, ni precisa para ofrecer una piedra de toque inconcusa con que probar el valor de esas teorías. Antes bien, una de las tareas principales del pensamiento científico se ha entendido que es la de reinterpretar, esto es, *reconstituir* los hechos.

ROBERTO TORRETTI

EDOUARD JEAUNEAU: LA FILOSOFIA MEDIEVAL. Traducción castellana de Néstor Míguez. Editorial Universitaria de Buenos Aires, 1965.

Este pequeño manual comienza por una frase lapidaria: "Hubo un tiempo en el que hablar de Filosofía medieval hubiera parecido un desafío al buen sentido". Este desafío al buen sentido, sin embargo, parece realizarlo todo aficionado a este tipo de Filosofía cuando el caldo de cultivo de esa afición es algún país del "lado de acá". Es decir, que aun podríamos decir: "es un desafío al buen sentido hablar de filosofía medieval". Edouard Jeauneau, uno de los jóvenes investigadores franceses del *Centre National de la Recherche Scientifique*, piensa que este sinsentido ya no es válido en la actualidad. El autor de las *Glosae Super Platonem*, edición crítica del "Comentario sobre el Timeo de Platón"

de Guillermo de Conches, se ajusta en este caso a un propósito modesto: reseñar en 95 páginas el complicado friso del pensamiento que corre entre los siglos IX y XV. Se verá que así planteado es también un propósito hartamente ambicioso.

El esquema general, la estructura que da forma a la obra, no es un enfrentamiento de sistemas, es decir, no desarrolla el decurso histórico ayudado por ideas preconcebidas, esas tan manoseadas modalidades que encierran el pensamiento en rígidos ámbitos de los cuales es bien difícil escapar, por ejemplo, el consabido diálogo platónico-aristotélico en la Edad Media, o las relaciones internas entre la razón y la fe. Por el contrario, se pone frente a este "fenómeno" histórico y lo describe, dejándole al lector la tarea de la meditación. Es en fin de cuentas una exhaustiva demostración del acontecer filosófico medieval. Porque no se puede decir que Santo Tomás es aristotélico sin encontrar sobradas razones para hacerlo discípulo de Platón; no se puede decir que el *fides quaerens intellectum* anselmiano es una fe que busca comprensión sino que ambas, razón y fe, constituyen en el pensamiento último de Anselmo la misma cosa.

La reseña primera concierne a las fuentes del pensamiento: Libro de la Escritura y Libro de la Naturaleza. Ambos, como representativos de la dualidad humana, fueron inspiradores del pensar medieval; la palabra de Dios, el verbo, y los libros que enseñan sobre cosas. Luego está la tradición más próxima, los Padres de la Iglesia, los escritores eclesiásticos y los autores profanos. De éstos, es el peso de San Agustín, perteneciente a los primeros, y de Boecio, que pertenece a los segundos, el que se hará sentir más predominantemente en la Edad Media. San Agustín es la corriente que alimenta el pretendido platonismo medieval, es decir el neoplatonismo, ya que Platón fue traducido muy posteriormente con excepción hecha de diálogo *Timeo*; Boecio, platónico, según Gilson, pero comentarista y traductor de Aristóteles, introduce el pensamiento del estagirita, a veces a pesar de sí mismo, a veces traicionando el sentido último de su doctrina.

El grupo de los padres de la Iglesia se ve entonces dominado por la figura de San Agustín. Hay, sin embargo, otros como el Pseudo Dionisio el Aeropagita, que pertenece a la tradición griega del cristianismo, cuya importancia se sitúa sobre todo en la revalidación de la tradición clásica. Dom Chevalier, benedictino de Solesmes, acaba de hacer una edición crítica de toda la obra del Pseudo Dionisio. También se nombra entre los griegos a Orígenes, a Nemésio de Emesa, a Máximo el Confesor, a Juan Damasceno, y entre los latinos a Hilario de Poitiers, a Ambrosio de Milán, a San Jerónimo y a San Gregorio Magno.

De los escritores eclesiásticos, dejando de lado al más importante de ellos, es decir a Boecio, tenemos a Isidoro de Sevilla, maestro de la etimología, recopilador del pensamiento lingüístico occidental y autor de lo que se pudiera llamar el *Cratilo* medieval; recordemos a Boecio: *Plato autem in eo libro qui inscribitur Cratylus.* (In librum Aristotelis

Peri Hermeneias). También se destaca Beda el venerable preocupado asimismo por la gramática y la ortografía.

Los autores profanos, sobre todo Platón y Aristóteles, fueron fuentes indispensables del pensar medieval. Hay que decir, sin embargo, que la falta y deficiencia de traducción de estos autores fue a menudo origen de malas interpretaciones. Por ejemplo, Platón no puede considerarse "traducido" sino hasta Marsilio Ficino en el siglo xv. Hasta él sólo se conocía el *Timeo* traducido por Cicerón y Calcidio, y el *Fedón* y el *Menón*, traducidos por Enrique Aristipo. De Aristóteles se tenía las traducciones y comentarios de Boecio de la *Lógica*. Luego, en los siglos xii y xiii se tradujeron del árabe (escuela de Toledo) y del griego (Santo Tomás) la *Filosofía Natural* y la *Metafísica*.

El Renacimiento Carolingio fue el punto de partida de la filosofía europea. Alcuino, protegido de Carlomagno, traslada la Academia a la Turingia, haciendo del mismo Carlomagno uno de los académicos. Comienza entonces ese largo desfile cuyas cabezas serán Juan Escoto Eriúgena en el siglo ix, Gerberto de Aurillac en el x y San Anselmo en el xi. Como Padre de la escolástica, como meditador profundo de la condición humana, le corresponde a San Anselmo un gran capítulo de la *Filosofía Medieval*. Si pudiéramos saber de qué manera este monje de la Abadía del Bec es ajeno de las controversias que los historiadores modernos lo hacen protagonista, conoceríamos profundamente una gran parte del pensamiento de la primera Edad Media.

El siglo xii se abre definitivamente a la escolástica. La escuela de Chartres, de la cual Edouard Jeuneau es especialista, Abelardo y la escuela de París, la escuela de San Víctor, muestran de manera clara el renacimiento que luego hará posible la aparición de la Universidad. Paso a paso vemos las diversas etapas y los muchos autores que dominan esta época. Pero es en el siglo xiii donde se produce la más grande revolución, no ya al nivel del pensamiento como sucedió con Juan Escoto Eriúgena y San Anselmo, sino como revolución social y orientación pedagógica. La creación de la Universidad, el descubrimiento de Aristóteles y de los filósofos orientales, los dos focos culturales más importantes, Oxford y París, hacen de este siglo la cúspide cultural y el punto donde el pensamiento medieval comienza su decadencia, es decir, donde los valores lógico-teológicos que inspiraron cuatro siglos de meditación empiezan a perder vigencia. Es quizás la gran catedral toma el símbolo de un agotamiento de las cuestiones, de una necesidad de replantear enciclopédicamente todo el quehacer humano. Las escuelas de Oxford, con Roger Bacon, y de París, con San Alberto Magno, Santo Tomás y San Buenaventura, muestran definitivamente el resumen del proceso creciente de un medioevo que anuncia el Renacimiento. El siglo xiii termina con Siger de Brabante y Raymundo Lulio.

Duns Escoto, el Maestro Eckhart y Guillermo de Ockham, llenan el pensamiento del siglo xiv. Constituyen los últimos autores y los que cierran el pensamiento medieval. De Francisco Petrarca, Edouard Jeuneau

escribe: "Cuando (Petrarca) al oponerse a los averroistas —admiradores incondicionales de Aristóteles— saluda en Platón al "príncipe de la filosofía", no hace más que retomar una vieja fórmula que ya había usado Juan de Salisbury".

La información sobre la filosofía medieval que da este manual es completa y sobre todo clara. Hacer esta reseña responde a la conciencia de que, inclusive al nivel universitario, la enseñanza de la filosofía se hace aun sobre manuales y no sobre textos.

MAURICIO WACQUEZ

Historia

Wallace K. Ferguson: *EUROPE IN TRANSITION, 1300-1520*. Houghton Mifflin Company, Boston 1962, 625 págs.

El profesor Ferguson es uno de los mejores conocedores que existen actualmente en materias del Renacimiento, y sin duda el mejor especialista que tienen en este campo los Estados Unidos. Con anterioridad a la publicación de esta obra conocíamos su estudio sobre la forma en que la historiografía, desde el siglo xv al xx, ha enfocado el problema del Renacimiento (*The Renaissance in the Historical Thought*), trabajo insustituible para todos los estudiosos de la época, y una serie de ensayos publicados en revistas especializadas, que con posterioridad a la publicación de la presente obra, 1963, fueron editados en un solo volumen con el título de *Renaissance Studies*. Entre estos ensayos destacan: "Humanist views of the Renaissance", "Recent trends on the economic historiography of the Renaissance and the interpretation of the Renaissance . . .", etc.

Concebida como un manual, la obra del prof. Ferguson desborda ampliamente las limitaciones de este género. Se trata de un verdadero ensayo histórico, pues el autor no permite en ningún momento, ni siquiera cuando tiene que referirse a esqueléticas circunstancias políticas, que la narrativa cronológica perturbe u oscurezca sus análisis o sus intentos de interpretación histórica. Como su obra anterior, el libro es un esfuerzo por reunir los hallazgos más importantes de la historiografía moderna en los aspectos principales que señalan el paso de la Baja Edad Media a la Reforma.

El libro comienza con un ensayo preliminar sobre el "background" medieval, que es un estudio bastante extenso sobre los siglos XII y XIII, y luego se lanza a estudiar el período de 1300 a 1520. Este lo divide en dos "etapas de transición" que constituyen asimismo las dos grandes partes en que se divide la obra: el primero de 1300 a 1450 y el segundo de 1450 a 1520.

Cada una de estas partes, inclusive el ensayo preliminar, está estructurada de la misma manera, y el autor va examinando, en rigurosa secuencia, la estructura económica, la organización política, el sistema social, la religión y la cultura. Ferguson estudia con mayor detenimiento